

Zero



ZERO



Lola Beccaria

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © Lola Beccaria, 2011
- © Editorial Planeta, S. A., 2011
- Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre de 2011
Depósito Legal: M. 38.349-2011
ISBN 978-84-08-10481-0
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

¡Por todos los diablos! Somos lo que somos. Y nos encantan las grandes frases. Atravesamos los mares, buscamos tesoros, bebemos ron y escupimos contra el viento. Por nuestro estilo de vida no estamos muy bien vistos entre la gente seria y ordenada: opinan que no somos realistas. Pero nosotros tenemos otro punto de vista. Nos gusta pensar que somos tan ingenuos como extenso es el territorio de nuestros sueños, y que solo aquellos que no creen en nada pueden despreciar esta fiera inocencia que ensancha nuestras velas.



I

La limusina frenó bruscamente. Una chica en monopatín se había cruzado en la calzada. El chófer salió corriendo del coche y la ayudó a levantarse. Ella intentó andar pero no pudo.

—Me duele mucho —se quejó.

Del interior de la limusina saltó un chico.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? —le preguntó.

—Creo que me he roto la pierna.

—Te llevaremos al hospital, no te preocupes.

Con ayuda del chófer la ayudó a entrar en el coche, que enseguida se puso en marcha.

El chico la miró. Ella estaba muy tensa, pero, al posar su mirada en la de él, pareció calmarse por un segundo. Durante un rato se observaron en silencio.

—La cartera, rápido —dijo de pronto la chica, sacando una navaja.

—Pe... Pero...

—Ni pero ni nada. La cartera he dicho. ¿Estás sordo?

—Vale, vale... —Y conforme él metía la mano en el bolsillo comentó—: ¿No eres muy joven para andar robando por ahí?

—No sabes nada de mi vida. En realidad, no sabes nada de la vida, niño mimado —dijo ella, helándolo con su mirada de acero.

—Tal vez tengas razón. Pero algo sí sé.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es, si puede saberse?

—Que tú tampoco sabes nada de la mía.

—Chaval, tú no tienes historia. Ni me importa. Lo único que me atrae de ti es cómo vives.

—¿Cómo vivo?

—Deseo lo que tú tienes.

—¿Lo que yo tengo?

—Sí, claro. Estás forrado. Vives como un rey.

—Vivo como un rey, tienes razón... —asintió, y durante un segundo permaneció en silencio. Luego añadió—: Pero soy un esclavo.

—¿Un esclavo?

—Sí, aunque no lo entenderías.

—Insultas mi inteligencia.

—Nada más lejos de mi intención. Perdona... Es que ni yo mismo sé lo que digo. Todo es muy confuso...

—No tengo tiempo para tonterías. Dame la cartera de una vez.

—Espera un poco, por favor... Al menos dime cómo te llamas.

—Isla.

—Isla... —pronunció él—. Un trozo de tierra en mitad del océano...

—Sí, eso es.

—Pues, mira por dónde, tú envidias mi vida, y yo envidio la tuya.

—¿Envidias mi vida? Tú alucinas. ¿Qué tengo yo que puedas querer?

—Tu libertad. Tu independencia. Tu fuerza. Tu fiereza. ¡Estás viva!

—Pues libérate, chico.

—No sé hacerlo. No sé...

—Nadie que se sienta un esclavo puede permanecer por mucho tiempo así, si puede evitarlo, claro.

—Yo he vivido así durante años.

—Venga ya.

—Creo que me he dado cuenta al conocerte.

—Pues en cuanto algo se sabe, ya no hay vuelta atrás. O te liberas o mueres. ¡Tú eliges!

—Qué tajante.

—Venga, para el coche que me bajo.

El muchacho apretó un botón y se comunicó con el chófer.

—Cuando puedas aparca en la acera, por favor.

—Así me gusta, que obedezcas —le dijo ella sonriendo.

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—Vaya...

—No te marches todavía, por favor.

—¡Hasta siempre, capullo!

II

Zero llegó a casa. Era la hora de comer. Se sentó a la mesa.

—Hoy me han robado la cartera —dijo, sin más.

—¿Qué? —retumbó en la sala la voz de su padre.

—Que me han robado la cartera.

—¿Y cómo ha sido?

—Atropellamos a una chica en la calle y, cuando la subimos al coche para llevarla al hospital, ella sacó una navaja y me obligó a darle la cartera. Luego se bajó y salió corriendo.

—¿Y lo has denunciado?

—Pues... no. No se me ocurrió, la verdad.

—Pero ¿se puede saber para qué te sirve la cabeza, hijo? Cualquiera diría que la tienes de adorno.

—Lo siento, papá. Es que...

—¿Es que qué?

—Es que... Es que en realidad no me importó que me robara.

—¿Cómo? Pero ¿estás loco? ¿Qué dices? ¿Tú sabes lo que me cuesta ganar el dinero?

—Sí, tienes razón. Pero es que...

—¿Es que qué?

—Es que ella me gustó.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que te gustó la chica que te robó la cartera?

—Sí, ya sé que parece un contrasentido, pero había algo en ella que me atrajo nada más verla.

—Querida, mira qué hijo hemos traído al mundo —se dirigió el padre a su mujer, que estaba sentada en el otro extremo de la mesa—. Le roban la cartera y se enamora de la ladrona.

—¿Y a mí qué me cuentas, querido? —respondió ella—. Yo no tengo la culpa.

—Lo has hiperprotegido y no tiene sangre en las venas. Primero se deja engañar y luego se deja quitar la cartera.

—¿Qué tendría que haber hecho? —intervino Zero—. ¿Forcejear con la chica y acabar heridos ella o yo? A todo el mundo lo han timado alguna vez.

—Si ese dinero fuera lo único que tuvieras para acabar el mes, ya verías lo pronto que espabilabas, atontado. No te lo habrías dejado quitar tan fácilmente.

—Eso era lo que le pasaba a ella, papá. Por eso me ganó el pulso. Yo no tenía tanto que perder.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer contigo? ¿Metterte en un máster de supervivencia?

—Pues no sé, papá. Porque yo no doy valor al dinero.

—¡Qué fácil es decir eso cuando nunca te ha faltado de nada!

—Precisamente por eso mismo nadie como yo está más capacitado para decir lo que vale el dinero, pues teniéndolo, no me importa nada. Estoy un paso por delante de todos los que lo desean. Puedo afirmar, sin lugar a dudas, que una vez alcanzado es un espejismo que no da la felicidad.

—Entonces, ¿dónde está la felicidad, sabiondillo?

—No lo sé. Me estás haciendo la gran pregunta, papá. Si supiera la respuesta...

—¿Te harías rico?

—No, tal vez podría intentar ser feliz.

—Querida, nos ha salido filósofo. ¡Qué desgracia!


—Zero, cariño, pero ¿qué te falta? Eres guapo, encantador, lo tienes todo...



III



Zero se encerró en su cuarto. Estuvo dándole vueltas a la cuestión planteada en la mesa, aquello de estar protegido en exceso. Pero encontraba que eso era simplificar demasiado. La respuesta debía de estar en algún otro sitio. No creía que su torpeza o su incapacidad para manejarse en la vida residieran en esa afirmación, pero no tenía argumentos para refutarla. Era verdad que nunca había tenido problemas económicos, y que cada vez que surgía algún conflicto en su vida llegaban papá o mamá y lo solucionaban. Pero, a cambio, siempre se había sentido muy solo, viviendo en aquella mansión. Lo que opinaba o imaginaba no interesaba a nadie, salvo si coincidía con los valores de sus padres.

Al parecer, el problema nacía de él mismo. Era un descontento sin derecho a serlo.



Rememoró el rostro de Isla. Sus ojos ardían de rabia, envidiosa del estatus de Zero. Y en su voz vibraba el canto quebrado de la amargura. Luego imaginó a la chica en aquel dormitorio, con sus cosas. ¿Qué habría hecho ella en su lugar, habría sido realmente feliz? La respuesta a esa pregunta era crucial.

Aquel encuentro fortuito había puesto en marcha una cadena de reacciones que Zero se veía incapaz de gestionar. Y, por primera vez en su vida, deseó desvelar el misterio y averiguar toda la verdad. Pero no sabía por dónde iniciar la búsqueda. De modo que su ansia de saber, y la falta de respuestas del entorno, acrecentaron su soledad.



IV

Un día Zero fue al banco. Hacía cola esperando a ser atendido. Una mujer de edad le precedía en el mostrador. Observó a la anciana recoger unos billetes que le entregaba el empleado y la oyó comentar que era todo lo que tenía para terminar el mes. A Zero lo atendieron enseguida y coincidió a la salida con la señora, que avanzaba despacio ayudándose de un bastón. Al cruzar el umbral de la puerta, ya en la calle, vio como dos chicos se aproximaban a ella. En una décima de segundo sacaron un cuchillo, la amenazaron y trataron de arrancarle el bolso de las manos. Zero no lo pensó dos veces. Se interpuso entre la anciana y los asaltantes.

—¿Qué haces, chaval? ¿Estás loco? ¿Tú sabes quiénes somos?

—Me da igual quiénes seáis. Lo único que me

importa es que si a esta mujer le quitáis el dinero, no tendrá para comer —gritó Zero, apretando los puños—. Lo que estáis haciendo es injusto.

—¿Injusto? ¡Tú qué sabrás lo que es injusto, niño! ¿Quieres saberlo, eh, quieres saberlo? —preguntó insistentemente el más violento—. Pues lo vas a saber.

Y terminando de enunciar esa frase, le rajó la mejilla con la navaja. Zero notó un pinchazo de dolor y como le resbalaba la sangre por la cara. Se llevó las manos al rostro, y cuando estaba en esa posición indefensa, el otro le propinó un puñetazo en un ojo que lo tiró al suelo y lo dejó inconsciente.

V

Hijo mío, ¿cómo has sido capaz de arriesgar tu vida de ese modo?

Zero abrió los ojos. Observó el gesto compungido de su padre. Su madre, junto a él, lloraba. Al fondo, la habitación de un hospital.

Confundido, Zero no supo qué contestar. Se dio cuenta de que solo veía por un ojo.

—Arriesgar tu vida por el bolso de una vieja.

—Pero, papá... tú me dijiste... —balbució por fin el chico.

—¿Qué te dije, a ver? No, si ahora tendré yo la culpa...

—Bueno, yo creía que pensabas que era un cobarde.

—¿Un cobarde? ¡Pero eso es mentira! Yo jamás te habría animado a enzarzarte en una pelea desigual y con dos delincuentes armados.

—Dijiste que no tenía sangre en las venas.
—No, yo no quería decir eso...
—Qué desgracia... —musitó la madre—. Eras tan guapo...

Instintivamente, Zero se llevó las manos a la cara. Un gran apósito le tapaba el lado derecho del rostro.

VI

Zero pasa los días metido en su habitación. Ha perdido un ojo y lleva cosida una tremenda cicatriz en la mejilla derecha. Ahora ya tiene una excusa excelente para no salir con los hijos de los amigos de sus padres, con los compañeros del colegio, con la gente de su nivel. Se sienten incómodos en su presencia. Tanto como él se sentía incómodo con ellos antes de su tropiezo.

Escucha música, toca la guitarra, y combina esa pasión con largos ratos de silencio. Únicamente así puede soportar la existencia. Ensimismado, tratando de evadirse, poniendo la mente en blanco. Solo le hace compañía la pequeña tortuga que la anciana, agradecida, le había enviado como regalo. «Vaya tesoro —había comentado su padre—. ¿Y esto es lo que te da a cambio de lo que hiciste?»

«Papá —le había explicado con mucha paciencia Zero—, esa mujer es pobre.»

La tortuga es un animal pequeño, de colores brillantes, al que Zero ha cogido cariño.

—Bueno, así no vamos a ninguna parte.

A Zero le pareció oír esas palabras resonando en su cuarto, pero no había nadie más allí.

—Chico, estás horrible.

Al parecer, aquella tortuga estaba parlamentando con él. Tras mirarla alucinado unos segundos, Zero le respondió:

—Sí, ya lo sé. Mi cara...

—¿Tu cara?

—Pues sí. Mi cara. Está desfigurada. Horrible.

—Pues no. No me refería a eso. No sé nada de belleza física. Ese es un rollo humano del que no entiendo ni poco ni mucho. Me refiero a tu actitud.

—Ah... pensé que hablabas de mi aspecto.

—¿Te vas a quedar aquí? ¿Así?

—¿Desde cuándo las tortugas hablan?

—No me cambies de tema. Al grano: ¿no vas a mover el culo?

—¿Y qué voy a hacer?

—No sé. Algo. ¿Vas a dejar que los demás decidan tu vida por ti?

—¿Qué me queda?

—Desde luego, en este plan, nada. Está claro que aquí no encajas. Este no es tu sitio.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque cumples las tres condiciones.

—¿Las tres condiciones?

—Sí —afirmó ella—. Hacer lo que no quieres hacer, estar donde no quieres estar y pretender ser lo que no eres.

Zero sacudió los hombros, como si le hubiera caído un saco de castañas sobre la cabeza.

—Las tres condiciones... —repitió.

—En efecto, muchacho, las tres condiciones básicas para ponerte las pilas y cambiar de aires... Pi-rarte, ahuecar.

—Es muy fácil decirlo —reaccionó el chico—. Ahí, a salvo en tu terrario, con agua y alimento, sin preocupaciones.

—Bueno, visto así, tienes razón. Pero nadie me ha dejado elegir. Tú, en cambio, tienes piernas y la puerta abierta para irte de aquí.

—¿Y para qué me voy a ir? ¿Adónde? Si haga lo que haga, siempre lo hago mal.

—No lo haces mal...

—Claro que sí. Mira en qué estado me encuentro. No puede ser peor.

—Es solo un punto de vista... Habrá otros, digo yo.

—Solo hay un modo de hacer las cosas: el adecuado. Y yo nunca acierto.

—¿El adecuado? Qué poco me gusta esa pala-

bra. No deja espacio a otras opciones. Es rígida y asquerosa.

—No me gustan las cosas a medias. Quiero hacerlo bien, a lo grande. Quiero que todo sea bello y perfecto. Si no, no vale la pena.

—¡Qué exigencia!

—Sí, así es.

—Pues vale, hazlo así. Pero haz algo, hombre.

—¿No te das cuenta de que ya no tengo opción? Lo he perdido todo.

—Que yo sepa solo has perdido un ojo. No exageres...

—¿Te parece poco? Sin un ojo, con la cara marcada, ¿adónde voy a ir?

—¡Qué pesado! Ya te lo he dicho: tendrás que ir a algún lugar donde hagas las cosas a tu manera y no te sientas mal.

—Ese lugar no existe. El problema está en mí. No voy a solucionar las cosas huyendo. Tengo que afrontarlas.

—Es que te machacas, hombre. ¿No lo ves? Eres muy duro contigo mismo. En realidad, no lo haces mal... Solo lo piensas, que es distinto.

—Ah, ¿es que no es lo mismo hacerlo mal que pensar que lo haces mal? Pues yo creo que si no es lo mismo, el resultado, que es lo que cuenta, es el mismo. O sea, sentirse mal.

—Buena cuestión...

—Pero... ¿Me estás animando a que me vaya de casa?

—Pues sí. Quizás encuentres tu sitio en algún otro lugar.

—Anda que vaya consejos me das. Yo tenía a las tortugas por más sensatas. Y mira, estáis más locas que nadie.

—Es un tópico creer que porque vamos más lentas somos más sabias o más prudentes. La gente confunde los conceptos...

—¿Lo ves? ¡Hasta tú misma lo reconoces!

—Piensa lo que quieras. A mí me ha costado mucho tiempo y mucha reflexión llegar a estos puntos de vista. Cuando cambies de opinión, me avisas, y ya veremos si quiero seguir aconsejándote, pedazo de tonto.

Y diciendo eso se metió en su concha y Zero se quedó de nuevo solo en su cuarto.



VII

Legó un día en que el silencio resultó insufrible. Zero se había leído al menos mil libros en un año. Y en todos los que le gustaban, los protagonistas salían a la calle, se enfrentaban a la vida y actuaban. La ficción, en lugar de consuelo, era un tormento para él.

Zero dio unos golpecitos en la concha de la tortuga.

—Oye, tortuga... Abre la puerta, anda.

No hubo ningún cambio en el caparazón.

—Venga, anda... Sal... Por favor... Estoy decidido a escuchar tus consejos —terminó por decir.

Entonces percibió un ligero movimiento en la concha, de repente unos ojos brillaron en lo oscuro, y una carita asomó por el agujero de aquel traje

de carey. La tortuga sacó finalmente la cabeza, estirando el cuello.

Bostezó, se desperezó y miró a Zero de arriba abajo.

—Vaya, te ha costado, pero parece que vas asumiendo que eres el héroe de esta historia...

—¿El héroe?

—Sí, el héroe. Lo siento pero te ha tocado. Ya no quedan héroes, y son necesarios.

—Yo no quiero ser héroe. Cada vez me lo pones peor. No tienes mucha psicología tú, ¿eh?

—Mira, a veces hay que trabajar con material defectuoso, pero no debe ser una cortapisa. Y tú eres el único que veo por aquí capaz de entender algunas cosas básicas.

—Te recuerdo que los héroes son guapos. Y mi rostro fue atractivo, pero ahora mismo es un remiendo sin solución, aparte de que me falta un ojo. ¿Alguna vez has visto un héroe tuerto?

—Para lo que hay que ver, con un ojo nos sobra. No seas quejica, hombre. Lo siento, te ha tocado. Y no me hables de belleza, que ya te he dicho que no entiendo. A mí me basta con tu heroicidad con la vieja. Tienes madera. Lo único que debes hacer es canalizarla. Solo eso.

—¿Canalizarla? Pero ¿qué soy, un río?

—Algo así. Aunque ahora mismo solo eres agua.

—¿Y eso es un mérito?

—Sí. Hay muchos otros que están secos. De esos no sale nada.

—Y ser héroe, ¿para qué sirve?

—Porque la humedad atrae a las nubes, y si haces que llueva, todos pueden llegar a mojarse y revivir. Es como las plantas mustias. No están muertas. Solo necesitan beber. Pero ellas solas no tienen opción. Si no llega alguien y las riega, lo llevan claro.

—¿Y ahora me llamas regadera?

—Sí. Deja de refunfuñar, hombre. ¡Qué plasta! ¿A que me voy y te dejo tirado?

—No, no, por favor. No podría soportar el silencio de nuevo.

—¿Entonces?

—Está bien. Dime lo que hay que hacer —aceptó Zero resignado—. Pero ya te aviso que me va a salir de pena.

—Deja que eso lo decida yo. Ah, por cierto, llámame Tuya.

Y terminando la frase, Tuya dio un salto y se metió en el bolsillo de la chaqueta de Zero. Desde allí, asomada al borde y agarrada al pespunte como a la barandilla de un balcón, anunció:

—Yo iré aquí dentro, contigo, y no saldré salvo que me necesites. Pero ten en cuenta que no me vas a poder llamar cada vez que te cagues por cualquier tontería, porque entonces no saldré. Solo acude a mí cuando de verdad la situación sea deses-

perada. Si no salgo, ya sabes... Estarás solo y deberás tomar tus decisiones sin ayuda.

—Da gusto contar con tan buenos amigos... —rezongó Zero—. ¿Y ahora qué hacemos...? —La tortuga se había zambullido de un golpe en el bolsillo—. ¿Tuya? ¿Tuya?

Zero no obtuvo respuesta. Estaba solo.

—Otra vez el silencio. Odio el silencio... —Y se echó a llorar.